

A&V



MADRID CAPITAL

Casas · Fernández Alba · Fernández-Galiano · Fullaondo
Junquera y Pérez-Pita · Mangada · Miquel · Oíza · Vélez

El ladrillo: una seña de identidad

Con frecuencia se ha identificado el ladrillo con el paisaje construido madrileño: el tópico pretende que Madrid es «aburrido —desde el punto de vista arquitectónico, claro está— y de ladrillo». Probablemente no hay para tanto, pero sí es preciso reconocer que este material desempeña aquí un papel muy importante, no sólo por su extensión, sino por haber formado parte, desde la experiencia neomudéjar hasta hoy, de valiosas investigaciones. A pesar de la incidencia de los nuevos materiales, los últimos cincuenta años han dado buenas muestras de la vitalidad del ladrillo.

Si hacemos un recorrido por la vivienda madrileña de nuestro siglo imponiéndonos, para concretarlo, el seguimiento de un material común como puede ser el ladrillo, el resultado será disperso y variado, pero veremos cómo a través de un material se puede llegar a conocer además de los parámetros de la forma del espacio que encierra, la propia personalidad de quien la ha proyectado.

Empezamos analizando las viviendas que pueblan los ensanches de Salamanca y Argüelles. En ellas observamos claramente unos rasgos comunes que las identifican: el muro de carga, el ritmo uniforme de sus macizos y huecos, el tipo de ladrillo y su aparejo común a tizón, la importancia de elementos constructivos como las impostas, las cornisas, los arcos... Y sobre todos ellos, como una superestructura, un lenguaje de racionalidad constructiva, de sinceridad en el empleo de los materiales, de fuerza social del trabajo artesano.

Sin embargo, si las analizamos con mayor precisión y detalle, veremos que sus autores marcan en ellas sus sellos especiales, y así distinguiremos fácilmente entre una vivienda de Rodríguez Ayuso, como es el Palacete del Marqués de Núñez, con sus paños moldurados por rehundido, de otra también unifamiliar como es el actual Instituto Valencia de Don Juan —de Fort— con su característica libertad compositiva o, dentro de los bloques de vivienda, el edificio de la calle Luisa Fernanda 18 —de Repullés— con la articulación

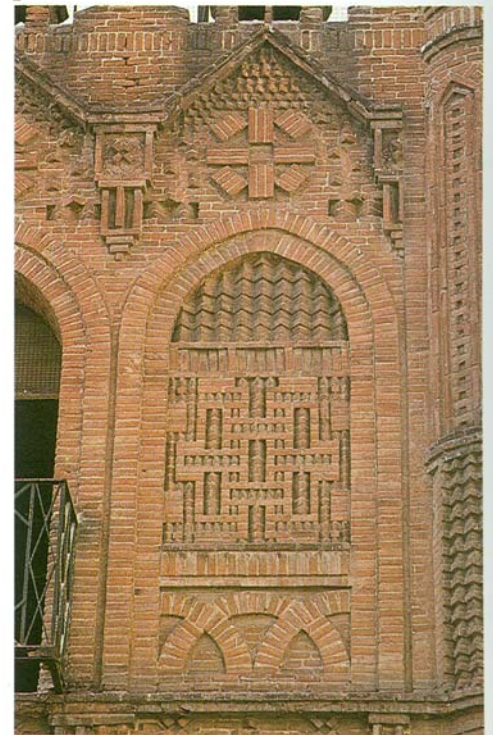
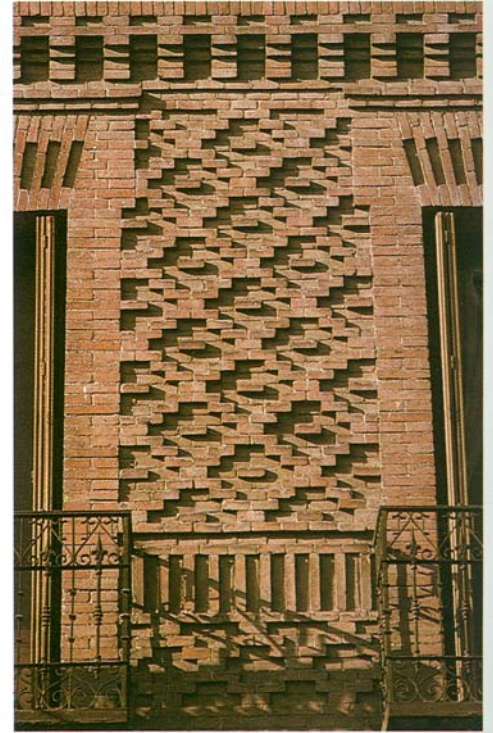
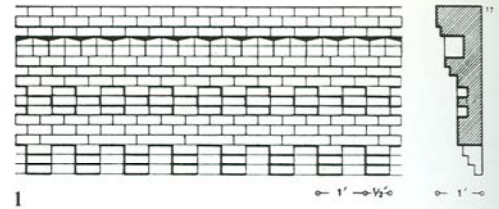
de la pieza de distintos colores, o el de la calle Jorge Juan 16, del Marqués de Cubas, con la gran variedad y riqueza de impostas que separan las diferentes plantas.

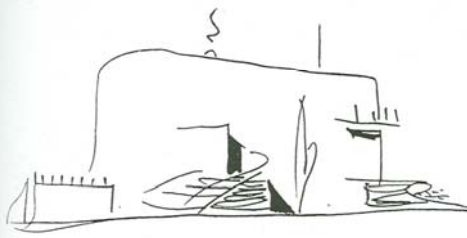
Comparemos estas viviendas «de arquitecto», con otras de la misma época que consideramos populares, o hechas por maestros de obras, que pueblan los barrios de Tetuán o Arturo Soria. En ellas observamos cómo sus autores, en viviendas que suelen ser de una o dos plantas, se complacen en mostrar su dominio del oficio y de la técnica, subrayando los elementos constructivos del arco de los huecos o jugando con un alarde descriptivo en sus modestas cornisas. Quizá uno de los ejemplos más abigarrados de este tipo de vivienda es la de la calle Romero Robledo 31, atribuida al maestro Cuadrillero, en que la exhuberancia del detalle está por encima de la composición total del edificio.

Soluciones nuevas con un material viejo

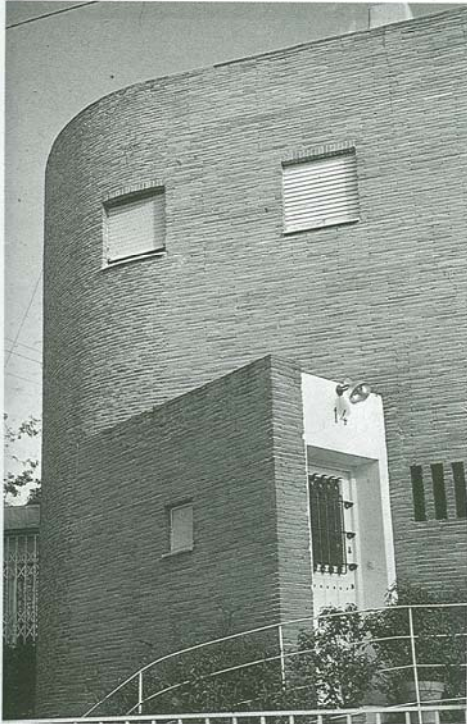
Será Zuazo, en el conjunto de la Casa de las Flores, quien dará al tema de la vivienda del ensanche una solución racional y bien estudiada al abrirlas a la calle o al patio interior-abierto, solucionando los problemas de aireación y soleamiento que se habían originado en las manzanas del Plan Castro.

Al estudiar con detenimiento esta solución urbanística, Zuazo no olvida la ejecución material del proyecto, compuesto de volúmenes claros y precisos, sino que hace





1



2

en la piel del muro un tejido que va cambiando de densidad de colorido y textura a lo largo de la curvatura. A cambio, el ladrillo que utiliza en la fachada que se abre al jardín es el de «goterón», ideado por Miguel Fisac, con el que logra una sensación de tablazones de madera.

En los años sesenta Madrid vive una época de gran desarrollo económico, y se construyen barrios como Moratalaz, Sacomina, etc., y viviendas de gran calidad, donde se cuida mucho el nivel de acabados. Fijémonos en dos bloques residenciales —el de la calle Honduras 13, de Vázquez de Castro, y el conjunto de la calle Basílica, de Cano Lasso— y en dos viviendas unifamiliares: la vivienda Gómez-Acebo de Moneo, y la Casa Huarte de Vázquez Molezún y Corrales.

Vázquez de Castro en las viviendas de la calle Honduras 13, nos muestra las posibilidades que la técnica de hoy permite a la hora de utilizar el ladrillo, si se la domina adecuadamente. Paños de ladrillo asardinado, colgados de angulares encerrando



3

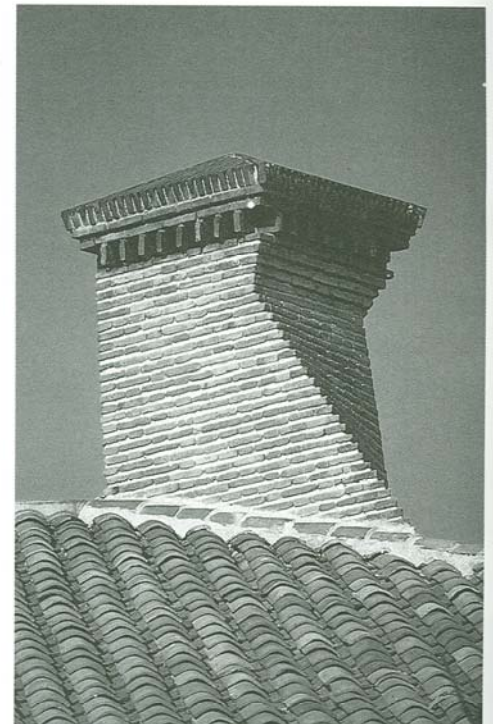
los petos de las terrazas y enmarcados con perfiles metálicos vistos; juegos formales en el encuentro de los ladrillos de las esquinas del edificio, cruzándose alternativamente los de un muro y los del otro; giro de los ladrillos de las jambas de los huecos, quedando en hiladas alternas a serreta; tableros de cubierta vistos, de rasilla, sujetos por tornapuntas metálicas; tratamiento continuado de los suelos en ladrillo ascendiendo por escaleras..., etc. Sin embargo, la expresión del ladrillo cambia completamente de matiz en las viviendas de la calle Basílica donde Cano Lasso da una lección de serenidad en el uso del material, busca una superficie continua donde recortar los huecos de las ventanas, capaz de plegarse para formar los miradores, envueltos con rasilla por su parte inferior. El edificio se manifiesta como un bloque colosal de ladrillo «esculpido a navaja».

Centrémonos en las viviendas unifamiliares de esta época antes mencionadas: en la vivienda Huarte nos encontramos con el

1 y 2 Vivienda en la calle del Dr. Arce (1953). Alejandro de la Sota.

3 Edificio de viviendas en la calle Honduras, 13 (1965). Antonio Vázquez de Castro y R. Sierra Nava.

4 Casa Gómez-Acebo (1966-1968). Rafael Moneo.



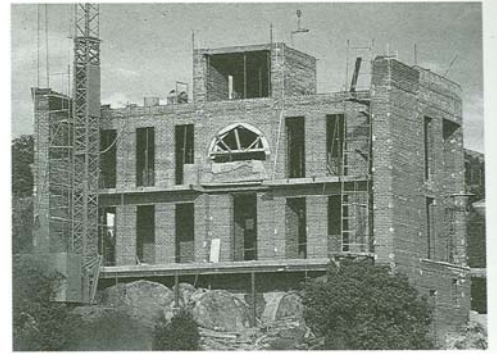
4

planteamiento de la casa patio, donde dominan los paños triangulares de ladrillo propiciados por los diferentes planos de las cubiertas inclinadas que van encerrando el jardín dentro de la casa. La combinación del ladrillo con la estructura metálica permite alcanzar grandes voladizos donde el ladrillo es encorsetado por el acero. Los banales de ladrillo que generan los planos del ajardinamiento propician el diálogo de este material con la naturaleza. En la vivienda Gómez Acebo, por su parte, el hormigón es el que dialoga con el ladrillo. La fábrica se organiza situando las piezas a tope sobre un grueso tendel de mortero bastardo.

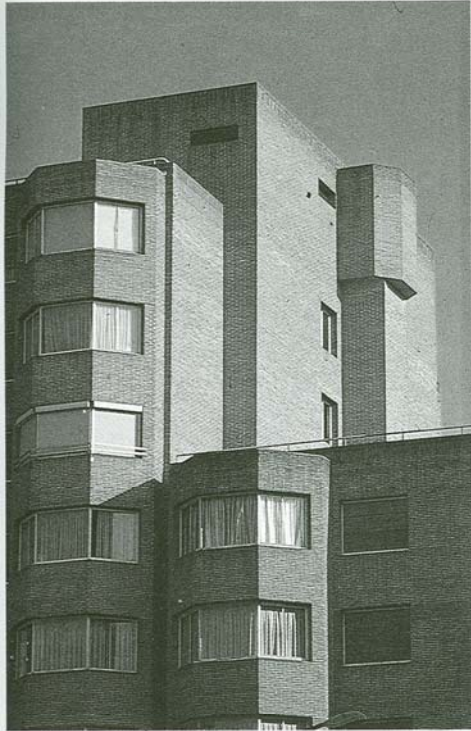
Acentos castizos en voces jóvenes

Los años setenta nos ofrecen un panorama más sombrío. La recesión económica se deja sentir y los ejemplos de arquitectura de ladrillo no son tantos ni tan novedosos como los de la década anterior. Sin embargo, si llamaremos la atención sobre dos de ellos: las viviendas de la calle de Arturo

- 5 Residencia de Fabriciano en Torrelodones (1986). Francisco Javier Sáenz de Oíza.
- 6 Edificio de viviendas en la calle Basílica (1974). Julio Cano Lasso.
- 7 Edificio de viviendas en la calle de Arturo Soria (1976). Ricardo Aroca.
- 8 Edificio de viviendas en la calle de Yaserías (1975-1978). Jerónimo Junquera y Estanislao Pérez-Pita.



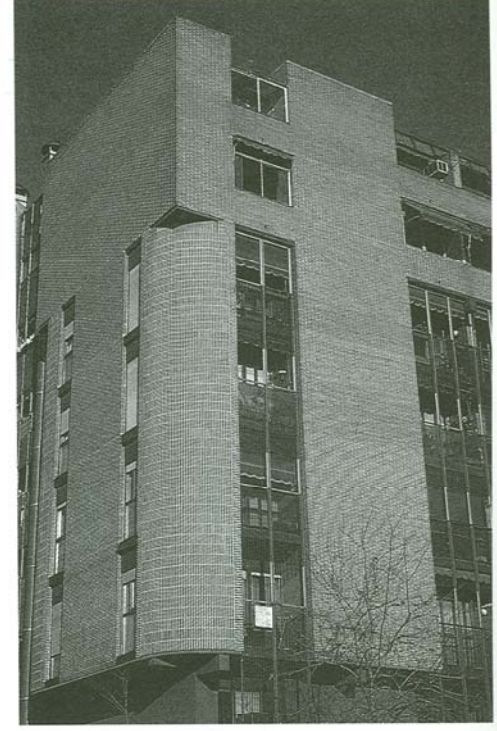
5



6



7



8

Soria esquina a Hernández de Tejada del equipo de Ricardo Aroca, y las viviendas de la calle Yaserías de Pérez Pita y Junquera.

Las viviendas de Arturo Soria las destacamos por el exhibicionismo que se hace de la estructura metálica vista, conteniendo la envoltura del edificio de ladrillo y logrando una gran diafanidad interior. Y las de Yaserías en cuanto que suponen la investigación de tipologías tradicionales madrileñas, como son las «corralas», y su reinterpretación a través de un concepto nuevo de vivienda, siguiendo respecto al uso del ladrillo el concepto de continuidad superficial iniciado por Cano Lasso.

En los años ochenta, los ochenta de la postmodernidad, se dirige de nuevo la mirada sobre nuestras raíces, reconsiderando la arquitectura regionalista autóctona y practicando un «neo-neo-mudéjar» consistente en tomar las consideraciones formales del uso racional del ladrillo que caracterizó la arquitectura de ladrillos de finales del siglo pasado, sin renunciar a las

posibilidades estructurales que ofrece la arquitectura de esqueleto de hoy. En este aspecto cabe reseñar la actuación de Vélez y Casariego en las viviendas de la Plaza de la Cebada que se ha limitado a conferir una «piel castiza» a las fachadas de las viviendas.

No obstante, la arquitectura no se limita a maquillar la ciudad que sigue creciendo: Palomeras, Cooperativa Pablo Iglesias, etc. La arquitectura todavía es dueña del espacio y de su delimitación formal.

El arquitecto sigue dando vida al espacio habitable desde la concepción soñada del proyecto hasta la determinación última del detalle constructivo.

En la vivienda que está construyendo Sáenz de Oíza en Torrelodones para Fabriciano, hace surgir la casa sobre las rocas dominando el paisaje. El edificio es de planta semicircular con estructura de muro de carga de ladrillo. Se conforma con hiladas alternas de ladrillo a soga y a tizón, intercalando una de color oscuro cada siete de color rojo.

La vivienda se abriga sobre sí misma, protegiéndose de los vientos del norte de la sierra, y se orienta a mediodía con una galería acristalada para captar el calor y enmarcar el paisaje. Dos grandes muros de tres pies de ancho rematados con una potente cornisa de ladrillos volados flanquean el edificio recogiendo la galería.

La vivienda de Sáenz de Oíza resume en sí misma, con rotundidad, las enseñanzas acumuladas a lo largo de la historia, la cultura del Mediterráneo y la personalidad del hombre que la ha soñado y sabe hacer del sueño una hermosa realidad.

Josep M.ª Adell es Profesor de proyecto de Fin de Carrera en la ETSAM. Titulado en 1979.